

zon del conquistador de su patria. Estos son los dos únicos vástagos que quedaban ya de la familia de Herodes que, tan numerosa antes y siempre tan protegida con todo el poder de los Césares, se estinguió de todo punto en el siglo mismo en que se había elevado.

La historia de esta revolucion memorable es la mas auténtica y verídica. La escribió con tanto juicio como elegancia el judío Josefo, célebre por su dignidad y talentos, é hijo de un sacrificador, y que habiendo permanecido siempre en la Religion de sus padres, no puede ser sospechoso de preocupacion en favor del cristianismo. De este autor se conservan todavía veinte libros de las antigüedades judaicas, además de los siete de la guerra de los judíos, y otros dos contra el gramático Apion Alejandro.

Arruinada Jerusalem, pereció casi del todo la memoria de los fariseos y saduceos. Todavía se veían algunos nazarenos; pero eran estos unos cristianos judaizantes que haciendo una estraña confusion de las dos religiones, no eran propiamente hablando judíos ni cristianos. Juntáronse bien pronto á los sectarios del heresiarca Ebion, que principió por entonces á popularizar sus errores en Cacata, su patria, inmediata á Pella, donde todavía permanecían reunidos los cristianos de Jerusalem. Gloriábanse especialmente sus discipulos de imitar á los que renunciando su patrimonio, ponían el precio á los pies de los Apóstoles; y se envanecían también del nombre mismo de su maestro Ebion, que significa pobre, aunque por casualidad le había recibido en su nacimiento. Elogiaban sin cesar á San Pedro, á quien atribuían su perversa doctrina, y calumniaban al Apóstol de las naciones y á sus escritos que persuaden de un modo tan convincente la inutilidad de la circuncision y de la ley ceremonial. Estos impíos

innovadores decían que Jesucristo había nacido de José y María, del modo que los demás hombres; que no era Hijo de Dios por naturaleza, sino que el Cristo había descendido sobre él desde los cielos en figura de paloma, y que entonces le concedió Dios el imperio del siglo futuro, abandonando al demonio el imperio de este mundo. A su antojo admitían ó desechaban las divinas Escrituras, y truncaban aun los libros mas antiguos de la ley y el Evangelio de San Mateo, á quien al mismo tiempo aseguraban venerar de un modo muy particular. Obligaban á todos sus discipulos á contraer matrimonio, aunque no hubiesen cumplido los catorce años, y era permitida entre ellos la pluralidad de mugeres.

Parecida á la de Ebion era la doctrina de Cerinto; no pensaba mejor acerca de la divinidad del Redentor, y aseguraba que el Cristo descendió sobre Jesus al tiempo de su bautismo, cuando el Padre Eterno anunció á todo el mundo la gloria de su Hijo, según lo refiere el Evangelio. Añadía que por este órgano había instruido Jesus á los hombres y obrado tantos prodigios hasta el tiempo de su Pasion; pero que entonces el Cristo había volado al cielo de donde había descendido, de suerte que solo Jesus murió y luego fué resucitado. Aquí se advierten ya las primeras semillas del nestorianismo, que admite dos personas en Jesucristo, y la perpetuidad de la fé contraria recibida en la Iglesia desde su origen. Estos errores capitales de Cerinto directamente contrarios á la doctrina de San Pablo y á los decretos del Concilio Apostólico de Jerusalem, en que tanto trabajó el Apóstol, arrojan nueva luz sobre lo que allí pasó. Se descubre el motivo de oponerse con tanto esfuerzo el Doctor de las naciones á los intentos de algunos judaizantes, que en el fondo se dirigían á destruir toda la virtud de la Cruz de Jesucristo. Estos falsos cristia-

nos fueron también los primeros que enseñaron el error de los milenarios, en el sentido mas grosero y pernicioso; porque no solo afirmaban que después de la resurreccion general habría en Jerusalem un reino terrestre de Jesus, sino también que los hombres vivirían en él mil años, entregados á todos los regocijos y á todos los deleites carnales. Con la muerte de San Pablo habían estos perversos doctores adquirido mas libertad para predicar, porque la presencia del Apóstol refrenaba antes su audacia.

Entonces Menandro, natural de Sarmacia y discípulo de Simón Mago, además de los errores de su maestro, enseñaba también que el bautismo de este impostor era la verdadera resurreccion, y que los que le recibiesen serían inmortales desde este mundo. Entonces algunos piadosos y celosos doctores, instruidos en la escuela de los Apóstoles, publicaban de palabra y por escrito la misma doctrina de estos, y sus escritos eran tan semejantes á los de sus maestros que algunos de los mas antiguos Padres muestran casi igual respeto á los unos que á los otros. Un fervoroso seglar llamado Hermas, que vivía en tiempo del Papa San Clemente, y del cual habla San Pablo entre los fieles mas ilustres de Roma, escribió el libro del Pastor, que tiene un estilo sencillo y lleno de unción (a). Divídese en tres partes: la

primera y la tercera contienen una multitud de revelaciones en forma de apólogos, para exhortar á la santidad de las costumbres; y la segunda comprende en doce capitulos ó preceptos las reglas mas principales de la moral cristiana, de cuya segunda parte tomó la obra el título de libro del Pastor, porque en ella aparece el ángel custodio de Hermas en traje de tal para instruirle; lo cual prueba la antigüedad de la doctrina católica acerca de los ángeles de guarda. Afirma el autor espresamente que todos los hombres tienen dos ángeles, uno bueno y otro malo; pero no se entiende bien lo que quiere decir en lo que añade, de que los Apóstoles después de su muerte predicaron á Jesucristo á los santos. Aunque comúnmente el libro del Pastor se atribuye á San Hermas, porque se cuenta en el número de los Santos, algunos sabios juzgan que fué escrito contra los montanistas, y por consiguiente en el segundo siglo de la Iglesia.

Comunicó también las luces mas puras de doctrina á los fieles de su tiempo el Papa San Clemente. Había sucedido á San Cleto ó Anaclero, sucesor de San Lino, como unos veinte y cuatro años después de la muerte de San Pedro en el 91 de Jesucristo á 13 de enero, día en que se celebraba antiguamente la fiesta de su cátedra, de la misma manera que la del Príncipe de los Apóstoles. La discordia mas encendida dividió por aquel tiempo la floreciente iglesia de Corinto. Algunos hombres inquietos despojaron injustamen-

(a) Hermas era hombre muy piadoso, pero de grande simplicidad; y es preciso tener presentes estas cualidades al leer su libro del Pastor. Por una parte se ven en él admirables documentos en orden á las costumbres; se descubre un corazón lleno de amor por la virtud, penetrado de un vivo dolor de sus defectos, animado con el espíritu de la penitencia, ageno de las cosas temporales, y todo absorto en la contemplacion de los bienes eternos; pero por otra se advierte un modo de concebir y representar las cosas poco proporcionado á persona de sublime ingenio y gran capacidad. En las visiones que refiere se echa de menos la gravedad que corresponde á esta clase de escritos, y descansa el lector mayor circunspeccion y dencia. Sin embargo, no se puede tener á este santo discípulo de los Apóstoles por un visionario; pero tampoco se deben creer con oráculos del cielo cuan-

los refiere en sus frecuentes visiones. Los que han formado mas recto juicio de esta obra son los que la tienen como un libro eclesiástico venerable por su antigüedad, útil para la instruccion de los fieles, y en muchos puntos como testimonio apto á manifestar las tradiciones apostólicas. Algunos sabios (concluye el autor de quien tomamos estas líneas) la han vindicado con grande acierto de los errores que muchos falsos críticos la atribuyen. (N. del E.)



te de su dignidad á varios sacerdotes, y éstos recurrieron á la Iglesia romana, como madre y maestra de todas las demas. San Clemente, que á la sazón ocupaba la Silla de San Pedro, según refiere Eusebio, envió á los corintios á Claudio, Efebo, Valerio, Viton y Fortunato, con una carta muy á propósito para apaciguar los ánimos, y tan digna de respeto que se leía públicamente en Corinto mas de setenta años despues.

Esta carta, que fué recibida con una veneración casi igual á la que habian tributado á las cartas de los Apóstoles, merece en verdad esta distinción, y corresponde perfectamente al tono apostólico de que en ella usa el Pontífice. Es cierto que no tiene aquel grado de elevación, aquella sublimidad y entusiasmo divino de los autores inspirados; pero hay en ella una grande claridad en las ideas, mucha pureza y elegancia en el estilo, todo lo que anuncia la cultura del espíritu y un orden prodigioso en los discursos y en la serie y disposición de las materias. Para dar de ella una cabal idea seria menester copiarla casi toda, pero no lo permiten los límites que nos hemos trazado: sin embargo, lo que contiene relativo á las costumbres y á la disciplina debe tener cabida en una Historia Eclesiástica, y sin separarnos de nuestro plan dará además á conocer el modo noble é ingenioso con que se explica el autor.

Para inspirar á los fieles de Corinto el horror que debian tener á la discordia, les dice: «Vergonzoso es, amados hermanos, é indigno de los discípulos del Evangelio, que el rumor de las disensiones de vuestra iglesia de Corinto, tan antigua y tan respetable, haya llegado no solo hasta nosotros, sino hasta aquellos que lo celebran como un triunfo contra nosotros. El nombre del Señor es blasfemado entre los gentiles por vuestra indiscreta deferencia con un corto

número de hombres temerarios y sediciosos. Gran detrimento ha sufrido por esto la fama de los ilustres hijos de Pablo, tan respetados y queridos de todo el mundo; porque ¿quién no apreciaba en el mas alto grado vuestra fé y todas vuestras virtudes, por poco que hubiese permanecido entre vosotros? ¿Quién no bendecía vuestra hospitalidad y no publicaba la grandeza de vuestra misericordia? ¿Quién no admiraba vuestra prudencia, vuestra moderación, y el espíritu de saber y de cordura que dirigia vuestra conducta? Caminando á largos pasos por la senda trazada por los divinos Mandamientos, y doblando la cerviz al pacífico gobierno de vuestros Pastores, mirabais á las cosas y no á las personas. Rendiais el debido respeto á los ancianos; dábais á los jóvenes ejemplos de honestidad y de modestia; persuadiais á las mugeres á que amasen á sus esposos, á que los obedeciesen con humildad y pureza de corazón, á que vigilasen en el gobierno de su casa retiradas del mundo, y á que una santa y pura intención ennobleciese todas sus obras. Juzgábais de vosotros mismos con humildad y sin altanería: érais mas inclinados á obedecer que á mandar, á dar que á recibir. Os contentábais con lo necesario para el sustento en este mundo, porque le mirábais como un lugar de paso y caminábais, sin extraviaros, á vuestra patria, teniendo siempre á la vista la ley del Señor, y con los oídos y el corazón prontos á recibir su divina palabra. Así disfrutábais de las bendiciones de la dulzura y de la paz: teniais una hambre y una sed insaciables de la justicia, y colmados plenamente de los dones del Espíritu Santo, se difundia por todo el mundo la superabundancia de vuestros bienes. Con la alegría de una conciencia tranquila, y con la mas justa y racional confianza, estendiais vuestros brazos hácia el Todopoderoso, á quien solo teniais

que pedir perdón de los pecados cometidos por debilidad; pero le instábais día y noche con incesante llanto para que no permitiera se perdiese ninguna de las almas que dió á su Hijo. Conversábais y viviais en la sinceridad y en la inocencia, sin malignidad ni resentimientos. Si alguno os ofendia, solo llorábais su caída; creíais que los defectos del prójimo eran vuestros; la mas leve señal de división ó discordia y aun su mas ligera sombra os causaba horror.»

Con estas últimas palabras principia el santo Pontífice á tratar con mucha extensión, pero siempre con la misma elocuencia de su principal asunto, es decir, sobre los males que nacen de la discordia; y al mismo tiempo que declama contra las disensiones y contra los proyectos temerarios que las producen, nos enseña el orden ó gerarquía establecida desde la mas remota antigüedad en el ministerio eclesiástico. «Debemos, dice, practicar con orden todo lo que el Señor nos manda. Nos ha mandado cumplir en el tiempo determinado y del modo conveniente los oficios y oblaciones, y ha prescrito por sí mismo cuándo y por quién deben ser hechas. En el culto mosaico tenia el Sumo Pontífice ciertas funciones que le eran peculiares; habia sitio señalado para los sacrificadores; los levitas estaban encargados del ministerio que les es propio, y el pueblo estaba sujeto á los preceptos convenientes. A este ejemplo cada uno de vosotros debe conservarse en su grado con modestia, sin traspasar los límites que se le prescriben. Dios envió á Jesucristo, y Jesucristo á los Apóstoles, según el orden y voluntad de Dios. Ellos predicaron el Evangelio en las provincias y en las ciudades, donde á los primeros de entre ellos constituyeron obispos y diáconos para los que habian de creer. Con las luces que el Señor les comunicó conocieron que habria rencillas para conseguir la dignidad

episcopal, y por eso despues de haber elegido los primeros pastores dispusieron que muertos estos, otros hombres virtuosos les sucediesen en el ministerio. No se puede pues sin injusticia privar de su ministerio á aquellos que fueron nombrados por los Apóstoles, ó que les sucedieron con aprobación de la Iglesia, y han gobernado santamente el rebaño de Jesucristo. Esto es lo que mas relativamente á nuestro designio encontramos en la admirable Epístola de San Clemente que ha llegado íntegra hasta nuestros días.

Tambien se conservan considerables fragmentos de otra carta atribuida por los mejores críticos á este santo Papa y que no es indigna de él (a); pero es extraño que teniendo á la vista obras de este carácter se le hayan querido atribuir el libro de las *Reconociones ó itinerario de San Pedro* y otros escritos palpablemente apócrifos. Los cánones Apostólicos que tambien han corrido con su nombre, ni son de este Papa, ni menos de los Apóstoles, sino una colección muy antigua de varios reglamentos de disciplina formados en muchos Concilios del segundo y tercer siglo; y aunque sean respetables por esta causa, se colocan entre los escritos apócrifos por contener muchos defectos y especialmente porque favorecen el error de los rebaptizantes. La carta de San Clemente á los fieles de Corinto al proponerles ejemplos adecuados para inspirar horror á toda discordia, nos presenta un testimonio irrecusable del martirio de los Apóstoles San Pe-

(a) Acerca de esta segunda carta de San Clemente no están acordes los SS. PP. San Epifanio en su Tratado de las Heregias núm. 27, y San Gerónimo en el lib. I contra Joviniano, cap. 7, hacen al santo Pontífice autor de ambas cartas; pero San Dionisio, obispo de Corinto, Clemente Alexandrino, Orígenes, y el historiador Egesipo, solamente hicieron mención de la primera. Eusebio (lib. III de la historia, cap. 36) asegura que ninguno de los antiguos menciona la segunda. Los demas escritos que se atribuyen á San Clemente son apócrifos indudablemente. (N. del E.)



dro y San Pablo en Roma bajo el mando de los gobernadores, son sus palabras, esto es, mientras Neron estaba ausente; y nos enseña además que estos dos Santos fueron condenados á muerte por la envidia de sus falsos hermanos, despues de haber sufrido de estos muchas persecuciones durante su vida.

San Clemente ocupó la Silla Apostólica nueve años, esto es, desde el año 91 de Jesucristo hasta el fin del primer siglo de la Era cristiana. Nada dicen sobre las circunstancias de su muerte los escritores mas antiguos y mas dignos de fé como Eusebio y San Gerónimo; y se ignoran los monumentos de donde se han compuesto las actas tan individuales de su destierro y martirio (a).

Ya desde el año 79 de Jesucristo, habia muerto el emperador Vespasiano, mostrando claramente el poco aprecio que hacia de las supersticiones romanas. Hallándose á punto de morir y viendo afligidos á todos por esta causa, conservaba él su buen humor, y queriendo hacer partícipes de él á los que le rodeaban, exclamó repentinamente: «Juzgo que voy á convertirme en Dios;» burlándose así de la apoteosis que le harían despues de su muerte. Aunque no se cuenta á Vespasiano en el número de los perseguidores, sin embargo, perecieron durante su reinado muchos cristianos, pues se les confundía con los judíos que eran entonces tan aborrecidos en todo el imperio.

Sucedíole Tito, su hijo mayor, quien contra su voluntad habia arruinado á la nacion judáica; pero cuando como soberano

(a) Téngase presente, sin embargo, que no por eso se debe dudar del hecho en general, pues Rufino, el Papa Zosimo, el Concilio Basense celebrado el siglo y en el pontificado de San Leon, el antiquísimo Sacramentario de la Iglesia romana, y el Cónon de la Misa ponen al santo Pontífice en el número de los mártires. (N. del E.)

pudo soltar la rienda á su natural bondad, se esmeró con mucho afán en hacer á todo el mundo beneficios, teniendo por perdido el dia en que no hacia alguno. Reinó solamente dos años y le sucedió su hermano Domiciano. Increíble parece que fuesen hijos de un mismo padre dos emperadores de costumbres tan opuestas. Era Domiciano otro Neron por su lujuria y crueldad, y mas parecia verdugo que principe; pues su mayor diversion era el suplicio de los reos, á quienes hacia quitar la vida en su presencia. También imitó á Neron en su odio contra los cristianos, á los cuales proscribió por edictos solemnes en el segundo año de su reinado. Sentenció á muerte al salir de su consulado á Flavio Clemente, su primo hermano, por haberse convertido al cristianismo con toda su familia, y á pesar de tenerle tanto cariño que habia destinado para el trono á sus dos hijos desde la niñez y mudádoslos sus propios nombres en los de Vespasiano y Domiciano. Fué desterrada Flavia Domitila, muger de este cónsul y parienta del emperador, y la misma pena sufrió, pero en lugar separado, otra Flavia Domitila sobrina de Clemente, á la cual siguieron sus domésticos Nereo y Aquileo, que eran cristianos, y que por tales fueron decapitados.

Acusaron delante del tirano al discípulo amado del Salvador, el último que dió testimonio en la tierra de lo que habia visto y oído al Dios hecho hombre. Habia vuelto á Éfeso, que era donde ordinariamente residia, despues de haber consumido sus años y sus fuerzas en predicar el Evangelio en el Asia superior; y Tertuliano refiere (1) que fué conducido á Roma y metido cerca de la Puerta Latina, en una caldera de aceite hirviendo, de la cual salió ileso este ilus-

(1) Tertul. de Praescript. cap. 36.

tre evangelista (a). Desterrósele despues á la isla de Patmos en el archipiélago, y allí en la tranquilidad de aquel retiro tuvo revelaciones proféticas que comunicó á las siete

(a) Esta persecucion suscitada por Domiciano fué muy feróz y sangrienta en toda nuestra España, en la que quizá se cebó mas la furia del tirano por estar mas propagada que en otras provincias la luz del Evangelio. El poeta español Aurelio Prudencio, hablando de las persecuciones que hubo hasta su tiempo y llamando templo á su patria, afirma que cuantas veces se levantó alguna tempestad contra la Iglesia, se enardeció mas en nuestra patria, en la cual no habia lugar que no estuviese consagrado con la sangre de alguno de los mártires, cuyo número se aumentaba con las persecuciones. Hé aquí cómo se espresaba en el himno IV:

Sævus antiquis quoties procellis

Turbo vixatū tremefecit orbem,

Tristior Templum rabies in sua

Intulit iras.

Nec furor quisquam sine laude nostrum

Cessit, aut clari vacuus cruoris;

Martyrum semper numerus sub omni

Grandine crevit.

No es dudoso por consiguiente que en esta persecucion diesen su vida por Jesucristo muchos santos obispos y presbíteros é innumerables cristianos. En ella es probable muriesen los dos santos obispos, Epitacio y Basileo con dos diáconos llamados Aptonios, de cuyo martirio da noticia Ferreras (Sin. reflex. al sig. II, p. 143). Este sábio escritor cree que el cuerpo de un San Blas, obispo y mártir, que se veneró en el convento de religiosas dominicas de Cifuentes (y despues en el de Lerma á donde fué trasladado juntamente con las religiosas) es de San Basileo. A estar á lo que sobre esto nos refiere la tradicion, S. Basileo ó tal vez S. Babilés, padeció en Cifuentes, y el Señor ha obrado por su intercesion muchos milagros; mas siendo constante que en España no se encuentra memoria de otro San Blas que el de Armenia, donde dió la vida por Jesucristo, no puede ser suyo el cuerpo santo de Cifuentes, trasladado á Lerma. Tal vez varias iglesias muy antiguas que hay en España dedicadas á San Blas, lo fueron en su origen á San Basileo, cuya memoria borrada por las calamidades que sufrió la nacion, fué causa quizá de equivocarse con el San Blas de Armenia. También el P. M. Florez (tom. XV, tr. 55, c. 16) trata de aquellos dos obispos, y dice que en España hubo un mártir y obispo llamado Basilio que ponen espresamente los martirologios geronimianos en el dia 23 de mayo, juntamente con S. Epitacio y dos Aptonios ó Aptonios: ad Spanis natalis SS. Epictiti, Aptoni, Basili episcopi, item Aptoni; si bien refiere el mismo que otros martirologios solo nombran á dos, escribiéndolos Epitacio y Basileo y contrayéndolos á España.

En esta persecucion suscitada por Domiciano, murió también (segun el Breviario toledano) San Eugenio, primer arzobispo de Toledo, y á quien esta diócesis mira como patrono suyo. La venida de San Eugenio á Toledo coincide con la de San Dionisio á Paris, enviado por el Papa San Clemente. Algunos han confundido á este San Dionisio con el San Dionisio B. del C., tomo XVI. — III. — HISTORIA ECLESIASTICA. — Tomo I.

principales iglesias de el Asia menor encomendadas con especialidad á su vigilancia; estas eran las de Éfeso, Esmirna, Pérgamo,

sio Areopagita; pero todos los documentos antiguos y los mas célebres escritores convienen en que son diferentes y no uno mismo estos dos santos, pues la fiesta del Areopagita se celebra el 3 de octubre y la del Parisiense el 9: aquel fué convertido por San Pablo y consagrado obispo de Atenas, donde recibió el martirio; y este fué obispo de Paris, y en Paris padeció el martirio. Parece que el abad Hilduino en el siglo IX fué el primero que confundió á los dos Dionisios y de los dos hizo uno solo. Sin detenernos pues en este punto, añadiremos que en sentir del P. M. Florez todos convienen en que despues de ser Papa S. Clemente fué la mision de S. Dionisio, y que este desde Arlés dirigió á San Eugenio á España. El mismo autor prueba en el tomo III de la *España sagrada*, que efectivamente San Eugenio fué el primer arzobispo de Toledo, y allí presenta cuál fué la tradicion que se conservó en las Galias y el modo con que pasó á Toledo. Pisa dice que el Santo era griego de nacion, fundándose en el nombre; pero este fundamento es insubsistente, atendido el copioso número de tantos nombres griegos como antes y despues de San Eugenio se hallan en inscripciones de españoles y determinadamente en los fastos toledanos. Es mucho mas probable que San Eugenio fuese español. «No habiendo motivo de estrañar, prosigue el P. M. Florez (tom. V, p. 206) que un español hubiese pasado á Roma, podemos atribuir y probar esta patria en San Eugenio por la misma razon y circunstancia de haber venido á España consagrado obispo. La razon es porque qué otro inductivo podríamos descubrir para que pasando San Dionisio á las Galias, provincias dilatadas y necesitadas de operarios, las quitase uno á quien juzgaba oportuno para el ministerio Pastoral, y le enviase á otro reino el cual no pertenecía á su cuidado? Bien pudo suceder; pero las circunstancias no permiten verosimilitud; y así en cosa tan oscura y suceso en que se debe suponer poderoso inductivo para que el Santo no prosiguiese con San Dionisio á las Galias, se viniese á España, ninguno mas razonable y verosímil que el de ser español, en que se mezclaba el amor de las utilidades de la patria. Otra circunstancia es que ya España habia recibido á los ministros enviados por los Apóstoles, los cuales podian y debian continuar su expedicion, sin que San Dionisio necesitase ni debiese cuidarse mas que de la suya de las Galias; luego el dirigir á España á San Eugenio, no obstante la provision que habia de Apóstolicos, obliga á recurrir al inductivo señalado.»

Si hubiéramos de apoyar con documentos y autoridades la mision, ordenacion y frutos que muchos varones apostólicos recogieron en nuestra España desde el año 96 en que murió Domiciano, seria necesario detenerse aquí en largas disertaciones, ó mas bien repetir las que ya hicieron por su parte los que en particular y en general han tratado de la antigüedad y origen de las iglesias de España. Segun estos, diremos que San Fermín, hijo de Firmo ó Firmino, uno de los tres senadores de Pamplona, fué educado en la fé por el presbítero Honesto, el cual le envió á San Honorato, obispo de Tolosa y sucesor de San Saturnino (el cual también predicó en Pamplona) para que le ordenase, y habiendo vuelto á Pamplona, fué ele-